

En memoria en Edith Litwin

Lidia M. Fernández

Universidad de Buenos Aires

Por invitación de Norberto Fernández Lamarra voy a hablar de Edith Litwin para los lectores de este número 2 de la Revista Argentina de Educación Superior. No resulta fácil pues la pérdida está demasiado próxima y además, porque al querer mostrar la singularidad de sus aportes me encuentro la limitación de haber desarrollado una especialidad diferente de la que protagonizó con tanta solvencia.

Por eso esta será una evocación que se va a servir de los puntos más importantes de su currículo y los rasgos más notorios de su estilo para presentarla en algunas de las ideas y posiciones que pude conocer con mayor proximidad. Muchas de ellas en intercambios “fuertes” en los que confrontábamos distintos modos de comprender y definir lo necesario y en los que se acrecentó el respeto mutuo por la intensidad de nuestras convicciones.

Edith Litwin se graduó en Ciencias de la Educación en la década del 60. Su carrera como investigadora surge casi con su ingreso a la Universidad y su pasión por el conocimiento, por el arte y por la enseñanza encuentra en esos primeros años maestros impactantes para su trayectoria.

Durante las dos dictaduras que la dejan fuera de los claustros trabajó intensamente en el *Centro de investigaciones en Ciencias de la Educación* del Instituto Di Tella, un refugio interno organizado por un grupo de profesores renunciando frente al Golpe de Estado de 1966: Gilda Romero Brest, Jaime Bernstein, Gregorio Waimberg, Ida Butelman, Ana María Babini, Felix Bravo, Regina Gibaja. Allí se resguarda cuando recién graduada, opta por formarse para la investigación y allí continúa por casi 20 años acompañando a estos maestros y colaborando con su trabajo profesional en el sostén financiero del CICE.

El retorno de la democracia la encuentra disponible para comprometerse con la reconstrucción desde el mismo enero del 84. No sólo en nuestra Facultad. Contaron con ella y su apoyo generoso grupos de la Universidad de Córdoba, de la Universidad del

Comahue, de la Universidad de la Patagonia San Juan Bosco, de la Universidad Nacional del Litoral y más tarde varias escuelas de Educación del país y de otros países latinoamericanos.

Científica reconocida por sus aportes originales en el campo de la Didáctica y de la Tecnología Educativa se destacó por su libertad de pensamiento y por su capacidad para interpelar las visiones clásicas y proponer nuevos análisis y nuevas perspectivas.

El Programa de investigación que dirigía en el Instituto de investigaciones en Ciencias de la Educación de la UBA, "*Una nueva agenda para la didáctica*" fue el espacio en el que desplegó su pasión por el descubrimiento junto a la generosidad y apertura para recibir e intercambiar con los jóvenes. Un número sorprendente de tesis de Maestría y doctorado dirigidos por ella lo atestiguan.

Dio a la Universidad y a la Facultad de Filosofía y letras de la UBA creaciones significativas que lideró y sostuvo en el tiempo: el programa UBA XXI de educación a distancia, La Maestría de Didáctica, primera Maestría universitaria en Educación del país, la Maestría en Tecnología educativa creada recientemente, el Programa Postdoctoral de la Facultad de Filosofía y Letras del que fue coautora, el Primer y Segundo Seminario Internacional de Educación a Distancia, el Primer y Segundo Congreso Internacional de Educación, el Primer Congreso Internacional de Pedagogía Universitaria organizado por la UBA.

Asesora Pedagógica en los tiempos de la normalización, Vicedecana, Directora del Departamento de Ciencias de la Educación, Directora del Instituto de investigaciones en Ciencias de la Educación todo ello en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA; desde el 2008 Secretaria Académica de la Universidad fue también presidente y miembro activo de redes, comités científicos y asociaciones entre ellas de la Red de Investigadores Iberoamericanos sobre Evaluación de la Docencia (RIIED), de la Red Universitaria de Educación Argentina (RUEDA) de la que fue miembro fundador y Coordinadora, de la Red Latinoamericana de Educación a Distancia (REDLAED) en la que se desempeñó como Coordinadora del Nodo Argentino.

Autora de un número muy vasto de artículos, ponencias, conferencias y publicaciones, entre sus principales obras se cuentan *Educación a Distancia en los 90*, *Tecnología Educativa: historia, políticas y propuestas*, *Enseñanzas y tecnologías en las aulas para el nuevo siglo*, *Las configuraciones didácticas: una nueva agenda para la*

enseñanza superior, Temas para el debate en una nueva agenda educativa, Tecnologías educativas en tiempos de Internet, y su última obra: El oficio de enseñar. Condiciones y contextos.

Emparentada por su referencial conceptual con la teoría de Brunner, con las posiciones reflexivo críticas y con los abordajes multidimensionales, hizo aportes reconocidos por su originalidad tanto con el concepto de “*configuración didáctica*” como con el planteo de una *nueva Agenda para la didáctica*. Fue, además, una enseñante de dotes excepcionales que se desplegaba en clases brillantes y las reconstruía luego en un proceso meta-analítico que convirtió en herramienta sistemática del análisis didáctico.

En el ámbito de la Educación Universitaria, su línea de investigación se desarrolló de modo preferente con el análisis de las clases universitarias, las clases inaugurales y las clases memorables en la trayectoria de los profesores universitarios. Profundizó en el papel del profesor como mediación entre el estudiante, la cultura y la moral y analizó el uso del modelo, del ejemplo y de la referencia a las artes, la literatura, la pintura, la filosofía, como parte de esta mediación.

Reconocida con diversas distinciones, entre ellas el Premio CONET a las personalidades de la década en el campo de las Humanidades, los premios y reconocimientos, los muchos cargos y jerarquías de los que fue protagonista no la alejaron nunca de la llaneza del trato, la alegría de vivir y la disposición a la unión por encima de las diferencias. Y esto tiene que ver ya con su estilo y con las dimensiones a veces imponderables, de la influencia pedagógica.

En un escrito que me solicitó el IICE dije “Seguramente los que la conocieron en mayor cercanía, recordarán las muchas veces que ante una insistencia en lo negativo Edith decía “*¡No!... no te preocupes...dejemos eso...hablemos de la vida...*” Y la vida para ella eran el futuro, la creación, la amistad, los afectos, el trabajo en común, el proyecto de un mundo mejor”.

Sin duda Edith sostuvo a lo largo de su vida universitaria una conducta ética comprometida con los principios de la universidad pública, la justicia y la calidad educativa y sin duda, ha sido y será una figura relevante para el mundo académico. Pero además su vida y su ejemplo entran a formar parte de un patrimonio universitario que ha colaborado a afianzar con sus características personales más consistentes. Sus colegas y discípulos la recordaremos siempre por su estilo ágil, por la rapidez- a veces demasiada -

en la producción y la respuesta, por la generosidad inagotable en la formación de discípulos y en la apertura de perspectivas y caminos, por la disposición al diálogo en el marco del respeto y la consideración por sus colegas sin diferencias que respondieran a orientación política, por el interés genuino en los jóvenes, por la convicción firme en el valor de la educación y en el papel del rigor científico, el desarrollo creativo y la audacia de la innovación.

Personalmente me vinculó a Edith Litwin una relación académica que se inicia en los años 60, siendo yo una muy novata auxiliar docente-estudiante y ella una alumna del 2do año de la carrera de Educación de la UBA y que transcurre la mayor parte del tiempo, por los andariveles de la relación en los mismos espacios de investigación y el mismo claustro universitario aunque diferenciadas por nuestras especialidades y prácticas, muchas veces motivo de debate.

En tres oportunidades la relación se hizo estrecha. Cuando me invitó a hacerme cargo en la Maestría de Didáctica que dirigía del Seminario “*Análisis institucional de la intervención didáctica*” y cuando me pidió que la acompañara a enfrentar tres de los tantos desafíos biográficos a los que dio destacada respuesta en su trayectoria. Me refiero al momento en que toma la Dirección del Programa de formación docente del Ministerio de Educación (1998-2001), al tiempo (2008-2010), en que ocupa la Secretaría Académica de la Universidad de Buenos Aires responsabilidad que la encuentra en funciones a la fecha de su muerte, y a su decisión cuando encara el escrito de la obra que consideró sería su última producción: “*El oficio de enseñar*”.

De esos tres momentos quedó para mí un conocimiento más profundo de Edith, de sus formas de gestión, de sus perspectivas e ideales, de su firmeza de convicciones y su audacia institucional.

La invitación a hacerme cargo de los seminarios supuso dar entrada franca a una perspectiva de análisis y un tipo de práctica que Edith miraba con respeto pero también con cierta distancia, tal vez con un algo de duda. Significó un riesgo que asumió con consecuencias: la difusión de los enfoques institucionales a lo largo del país y un lento acercamiento en nuestros modos de enfocar los fenómenos. Mas tarde, en las otras dos oportunidades, su respeto y audacia se vieron probados nuevamente en el desarrollo de acciones que acordábamos y que entraban de pleno en el campo de las intervenciones institucionales “desbordando” el foco de lo didáctico.

El trabajo en el programa de formación docente me permitió ver la decisión con

la que rompió todos los moldes de la gestión ministerial, para hacer realidad la muy mencionada y tan bastardeada autonomía institucional.

Durante los años 1999 a 2001 estuvo a cargo de los Institutos de Formación docente de Argentina. Aunque las tareas que realizó en esos espacios fueron múltiples y merecen una publicación que planeamos pero no tuvimos tiempo de hacer, quiero referirme aquí a la acción con la que produjo la ruptura: el proyecto Polos¹.

El Programa atendía a más de 1000 Institutos distribuidos hasta en las zonas más alejadas del país y la tendencia de algunos sectores postulaba un cierre y racionalización al modo en que se había realizado en una Pcia. Argentina en los 90². Contra esta posición Edith Litwin y el equipo que la acompañaba sostuvo la imperiosa necesidad de mantener abiertos estos Institutos que en muchas ocasiones y en muchos kilómetros de extensión eran el único contacto posible entre la educación, la cultura y los pobladores.

Consciente de que el cumplimiento de tal función requería un desarrollo profundo de sus equipos docentes y sus modalidades de trabajo, sobre todo en el caso de aislamiento geográfico, la oposición al cierre se acompañó de una serie de proyectos de acción que se diferenciaron netamente de los modos de intervención históricas del organismo central dando un verdadero lugar de autonomía a las instituciones. Aunque los proyectos fueron varios, en ese momento y transcurridos casi 10 años es posible decir que el cambio que se inició pivotó sobre el Proyecto “Polos”. Consistente en solicitar la reunión en Red de los Institutos, en pedir a cada red la selección de uno equidistante en distancia que fuera considerado referente por sus colegas y en asignar a él un fondo para innovaciones, lo central del proyecto fue la suspensión que la unidad central hizo sobre su poder de influencia o decisión. Efectivamente cada Instituto-polo, en análisis con el resto de los Institutos asociados, podía decidir – según sus áreas de mayor desarrollo y según su diagnóstico de las necesidades locales -el tipo de proyecto en el cual invertiría los fondos así como el Consultor externo que deseaba proponer. Ambas cosas se respetaron a ultranza y el Programa central sólo se limitó a apoyar cuando era demandado.

¹ Fue un Proyecto que diseñó y coordinó con Mariana Maggio y en el que no participé directamente. Eso me permitió estimar con mayor objetividad sus méritos y logros.

² En la Provincia de San Luis profundizando el modelo de los 90 se cerraron todos los Institutos docentes de la Provincia y se abrieron dos considerados “de excelencia”.

El impacto de esta forma de intervención ha dejado no sólo una experiencia memorable en sus protagonistas sino también multitud de redes interinstitucionales que continúan funcionando a pesar del cambio en los estilos de gestión y de los procesos de re-centralización que protagoniza el sistema educativo argentino.

Quiero extenderme sobre la última de las circunstancias que me permitieron conocer a Edith más profundamente, la publicación de *“El oficio de enseñar”* y su proyecto de *“otra última obra”*.

Sabiendo que estaba próxima la partida en la que no podría ganarle a la muerte, durante el verano del 2008 trabajó *“El oficio de enseñar”* como una síntesis de lo que al final del trayecto, deseaba decir a los educadores. Todavía vivió casi dos años más y esto le hizo comentar con humor, *“Es que yo pensaba que ya me moría...ahora voy a tener que escribir otro libro”*. Y efectivamente inició la escritura de otra obra que en los últimos días lamentó dejar inconclusa. Se trata de una obra donde en un vuelco que la alejaba algo de su enfoque pedagógico-didáctico, se aproximaba en forma decidida al enfoque institucional: *“el cambio de la escuela no es cuestión de estrategias-me dijo en una de nuestras últimas conversaciones-, es indispensable cambiar la organización de la escuela”*. Y añadió *“¡Que lástima! ya no puedo terminar este libro”*.

Recuerdo vívidamente la dignidad y sobriedad con la que ella presentó *“El oficio de enseñar”* en agosto del 2008, el carácter de homenaje que tomó para todos nosotros esa presentación, la lección de vida que significó para mí el saber que era un libro el broche con el que decidía cerrar su vida. Es por eso que quise transcribir aquí, como un segundo tiempo de aquel homenaje la presentación que hice de la obra. Luego concluiré con la invitación que inspiró este recordatorio.

Comentario de EL OFICIO DE ENSEÑAR. Condiciones y contextos De Edith Litwin en la presentación realizada en “El Ateneo” Buenos Aires, el 22 de agosto de 2008

Sobre el propósito de la obra

Dice la **Introducción** que el propósito es volver a mirar las prácticas de enseñanza en su carácter de oficio. Hacerlo desde “un punto de intersección entre la reflexión, investigación sistemática y la producción de textos para docentes”; utilizando

diferentes fuentes, los estudios sobre el tema, los relatos de experiencias, las biografías de “hombres y mujeres provenientes del arte, la técnica, la ciencia, la literatura, quienes, por medio de sus escritos y sus producciones” nos muestran su saber sobre la educación y la enseñanza ; andando los distintos caminos vividos por maestros y profesores que son recordados y relatados por sus alumnos; tomando como apoyo el pensamiento de teóricos que marcaron hitos en la reflexión pedagógica .

Este es el propósito explícito que se expone en la introducción de la obra pero en el transcurrir de la lectura misma, yo oí otro propósito del que quiero hablar.

Se trata del propósito de alguien que decidió compendiar en un libro la sabiduría producida por su biografía profesional y personal hasta el momento, haciéndolo de un modo que, sin perder rigurosidad, hace posible de interpretar lo dicho desde diferentes posiciones, espacios institucionales y capacidades especiales de lectura e interpretación.

Diferentes lectores podrán disfrutar de esta obra desde sus distintos intereses y comprensiones sin que ello se haya logrado por la banalización de las ideas o la simplificación de los hechos y procesos. Y tal logro, en este tiempo, es motivo de festejo.

También quiero decir que es motivo de complacencia la estructura y las ideas que el libro expone.

En cuanto a la estructura la obra se inicia con **tres capítulos** dedicados a desplegar un propio encuadre para mirar la enseñanza: “*Escenas y experiencias en contexto*”, “*Nuevos marcos interpretativos para el análisis de las prácticas docentes*” y “*Para pensar los aprendizajes*” .Son tres capítulos en los que la autora “pone el cuerpo” en los temas “duros” del campo y plantea con claridad **la relatividad del saber pedagógico y didáctico** , los matices imponderables , no posibles de planificar, sorprendentes y disparatados que contiene tanto el oficio de enseñar como la posibilidad misma de aprender.

El capítulo 4 plantea “*Reflexiones en torno a como enseñar*” a través de una mirada al asunto de la innovación y a los temas de la narración, la pregunta, las emociones y el conocimiento. Es con este desarrollo que inicia, a mi juicio, la consideración específica de “la caja de herramientas” del oficio que ha decidido abrir y mostrar.

Esa caja de herramientas se despliega en **los capítulos 5 a 8** y el despliegue deja poca cosa sin considerar: casos, problemas, simulaciones, laboratorios, formas y enfoques para evaluar, herramientas tecnológicas antiguas y de punta –la tiza y el pizarrón, el cine, el teatro, las expresiones artísticas, la biblioteca, el chat y la comunicación virtual -son planteados, considerados, interrogados en los contextos de la relación pedagógica, el clima de la clase, los grupos de trabajo y los distintos entornos.

El tratamiento que hacen estos capítulos muestra a la mejor manera de la seducción atemperada de la que habla Clodine Blanchard Laville, la inteligencia de un formador que cuenta, sin suponer ni decir que enseña todo-porque no lo cree y porque aunque fuera no lo haría- y que, en el contar, hace visible lo apasionante que puede ser el mundo sobre el que habla. Un maestro artesano que en la rapidez de su acción y la explícita incompletud de su relato, despierta el deseo de saber y que en sus preguntas, sin concesiones, resta seguridad lo suficiente como para poner en movimiento la propia búsqueda. Una hábil y singular maestra que hace de su propio estilo una herramienta más del oficio.

El capítulo 9 cierra el libro con el planteo de *“La investigación en torno a las prácticas de la enseñanza”*.

Luego de hacer un racconto de los modos de investigación didáctica que más que favorecer obturan la comprensión de lo que sucede en el enseñar y en la vida de las aulas, la autora expone los abordajes que considera consistentes con la complejidad de este objeto: el estudio de las prácticas en “sus condiciones naturales y en los contextos en los que suceden”.

Aquí también se extiende en planteos y detalles que dan cuenta en forma extendida de la problemática y expone, entre muchas, dos cuestiones que revisten para mí especial interés.

Por una parte el lugar que se da a la investigación de los sucesos del aula con intervención de los propios maestros y alumnos y al servicio de una mejor comprensión de la vida institucional; por otra, el énfasis que se pone en la inclusión de la persona como objeto, fuente e instrumento en el proceso de investigación.

El libro termina **a modo de colofón** con el relato de lo que pudo ser un malentendido o una insospechable, inplanificable, sorprendente y afortunada situación de formación. De esas que dejan marca en nuestras biografías.

Es un final que cuestiona al saber organizado cuya necesidad al mismo tiempo se sostiene, tal vez como simple punto donde apoyar el cuestionamiento y seguir andando el que enuncia como disparate creativo.

Es un final en el que el libro cierra fiel a sí mismo y, creo, al carácter de su autora.

Algo sobre el carácter de esta obra

Sin duda la obra propone una cuestión de valor teórico insoslayable: la complejización efectiva del modo de abordar el proceso de enseñar y los procesos que impactan la formación, con la decidida incorporación de tres dimensiones poco atendidas en los tratados que procuran dar cuenta de ellos: la dimensión estética, la dimensión moral y la dimensión creativa presentada como la aparición del disparate, del hecho fuera de la razón y la regla que obliga a interrogarse en profundidad sobre lo conocido y deja el conocimiento disponible a “lo que suceda”.

Hay un desarrollo consistente de la consideración de estas dimensiones en las cuestiones más diversas, como un hilo organizador de la reflexión que tiene alguno de sus puntos más sugerentes y logrados, a mi juicio, en la propuesta del paradigma de la crítica artística a la hora de pensar la evaluación o en el modo de especificar qué es lo que hace moral una relación, un suceder, una enseñanza.

Pero hay otros valores que quiero destacar.

Dije al principio que oí este libro como el producto de la decisión de hacer visible y ampliar los beneficiarios de un legado. Y creo tener algunas razones para sostener la fidelidad de mi oído y las quiero decir:

El libro está disponible, sin alardes, para los que quieran tomarlo, dejarse impregnar por sus ideas y provocar por sus interrogaciones y propuestas. Toca casi, porque nunca nada puede abarcar todo, pero casi todos los puntos y aspectos que pueden ser mirados y atendidos cuando uno se propone reflexionar sobre la cuestión de enseñar. Ellos están planteados y desarrollados de forma sugerente.

Pero además la factura de esta obra es una escritura cómoda que se despliega sin pretender decir todo y sin afirmar en forma terminante casi nada, con la fluidez intermitente de una corriente que invita a caminar. En un campo como el de la enseñanza

y el de la didáctica, un especialista como Edith Litwin, reconocida por su valor teórico y de quien se espera la indicación justa, opta por hacer visibles sus certezas, el derivar de su pensamiento y sus preguntas.

El dejar ver la índole y el estilo personal en la producción de conocimiento es sin duda el máspreciado legado de un formador; el indicador más claro de una generosidad de sí sin la que no puede resultar significativo en la formación de los otros. Ese legado está aquí con una claridad que supera todas las que Edith alcanzó en obras anteriores. La mayor virtud de esta producción, a mi entender, radica en eso.

Por eso este libro habla del oficio de enseñar y es en sí mismo por su carácter y esa modalidad una invitación a la relación cómplice entre un formador y aquellos dispuestos a entrar en su taller, para juntos, hacer posible la transmisión genuina de secretos de oficio acuñados a lo largo de una larga experiencia de vida con la enseñanza.”...

En memoria de Edith una invitación

Es cierto que la muerte es una realidad seca de sentidos, inevitable e irreversible. Pero es cierto también que hay muchas maneras de enfrentarse a ella.

Desde hace seis años cuando se diagnosticó su enfermedad con un pronóstico de final inminente, le oí decir: ... *“No quiero arrastrar la vida hasta la muerte. Quiero vivir mientras pueda enseñar, escribir, estar lúcida y con ustedes. Cuando eso no sea posible quiero cerrar. Tuve una buena vida y quiero que se termine siendo buena...no hablemos de la enfermedad...hablemos de proyectos...”*.

Durante estos seis años mientras trabajaba, estaba, escribía, decidía e inventaba, en otro andarivel seguía, como el caballero de Bergman, jugando una larga partida final que ya no podía ser negada. Era tal su vitalidad y tal su pudor que lo olvidamos muchas veces, tanto que nos sorprendimos de su muerte y reaccionamos con incredulidad, como si no fuera posible.

Sin duda que para gente como Edith el final siempre ocurre en las vísperas porque siempre habría habido mucho más para vivir. Sin embargo, la firmeza con la que miraba lo vivido y a los que amaba, la calidez con la que seguía hallándole sentido y el

amor con el que consoló a los que le estaban próximos no merecen más que una celebración.

Por todo eso creo que soy fiel a esa firmeza y a su deseo si invito a celebrar la vida de Edith Litwin, una mujer y una universitaria a quien la muerte halló, como ella quería, viva, fcomunicada afectivamente con nosotros y pensando.

Lidia M. Fernández